Un premio para Juan Villoro

JOSÉ CARLOS ROVIRA

Le entregaban en Barcelona a comienzos de semana a Juan Villoro el «Premio Vázquez Montalbán» de periodismo deportivo y, como es un escritor al que aprecio y del que recomiendo siempre su lectura, aprovecho la ocasión para hacerlo de nuevo. Lo del premio es sin duda por su «Dios es redondo», libro con el que en 2006 ha recopilado las crónicas de esa religión laica que es el fútbol, como lo conceptuaba Manolo Vázquez Montalbán. «Once de la tribu» fue otro libro de Villoro sobre el mismo tema.

A mí no me gusta el fútbol, creo que nunca he visto un partido completo en la televisión y sólo un par de veces, cuando niño, alguien me llevó a un estadio donde me aburría infinitamente desde el principio. Sin embargo, me divierten los escritores y el fútbol, y tengo alguna disputa memorable en la cabeza, como las de Mario Benedetti y Daniel Viglietti a propósito de los equipos montevideanos Peñarol y Nacional, realizada casi con la misma pasión que cuando manifiestan sus posiciones, éstas convergentes casi siempre, sobre la historia contemporánea. Los escritores uruguayos son gente futbolera y combativa. Eduardo Galeano es también otro ejemplo de conjunción de historia y fútbol.

Sobre Juan Villoro, aparte de su interés como cronista deportivo, destaco su condición de haber nacido en México, lo que seguramente marcó al neonato con las implementaciones que el sitio posee, crea y sitúa luego a lo largo de una vida, con los recuerdos que se distribuyen en la memoria para formar o deformar afectos, con las sensaciones que se atenúan cuando nos alejamos, y con las que agobian, o no, cada vez que nos aproximamos.

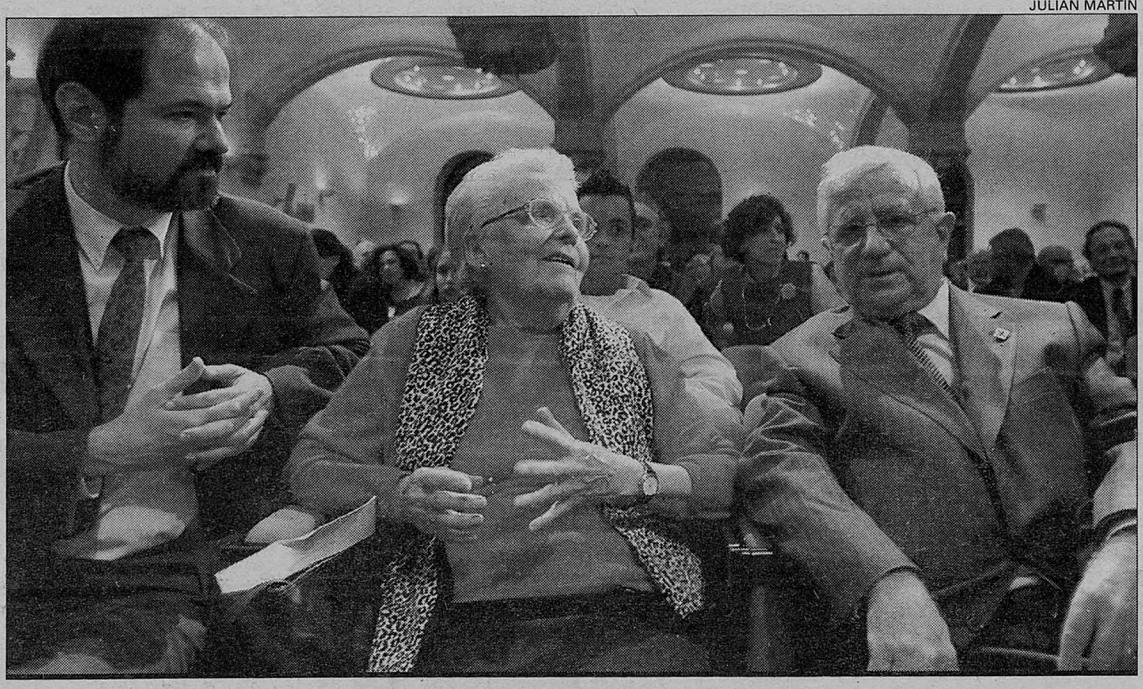
Esta reflexión evidente me surgió cuando leí «El testigo», la última novela de Juan Villoro publicada en 2004 por Anagrama y Premio Herralde de ese año. Julio Valdivieso, el protagonista de la novela, tiene mucho que ver en su regreso a México con historias, culturas y vivencias del propio autor, sin que podamos hablar de novela autobiográfica: el crimen, la política conspirativa, la historia del México que institucionalizó una revolución en una sociedad corrupta, son la marca social que sostiene una escritura repleta de lucidez e ironía.

Ante su obra variada y amplia (desde el periodismo y la crónica al ensayo; desde el relato y la novela a la traducción), uno se plantea si este hombre de cincuenta años ha hecho otra cosa que escribir, y luego descubre que ha hecho, hace, también otras cosas. Sus amigos hablan todavía del novelista de éxito que imparte talleres literarios, homenaje seguro a aquel taller juvenil que él recibió, según cuentan las crónicas, de Augusto Monterroso. Mirar la realidad mexicana y actuar en ella es también otra faceta que me atrae de Villoro, a pesar de todas las complejidades y dolores que esa realidad tiene, o precisamente por ellas.

Ante una obra así, uno se plantea en primer lugar qué le ha llevado a escribir y, sobre todo, qué hace que su literatura pueda considerarse sin duda como diferenciada, es decir, como inhabitual en el panorama de la escritura actual de México, al menos de la que determinadas operaciones de marketing han intentado presentar como la más vigente. Villoro no es por ejemplo un autor del llamado «crack», con su comercial postmodernismo, apoliticismo y distancia de la realidad, ni coincide con los presupuestos estéticos y mercantiles de estos autores, y ello resulta, por el cansancio inevitable que generalmente éstos me crean, una carta de presentación muy atractiva.

Hay un decurso aproximativo que da cuenta de una serie de lugares críticos que se pueden utilizar para definirlo: la realidad, y México como parte de ella, es una construcción temática esencial que se aborda mediante recursos de humor, de grotesco, de poder sintético del lenguaje, de mezcla de géneros (la novela a veces deambula por el ensayo y en este sentido definiré como muy rigurosas y atractivas las páginas dedicadas a López Velarde en su última novela), de construcciones culturales –un día alguien hará una tesis sobre Villoro y la cultura alemana por ejemplo, si no se ha hecho ya– de reactualizaciones de símbolos y mitos, de temas de la cultura popular, de poderoso lenguaje aforístico, de un barroco en su última obra diferente al de los cánones habituales contemporáneos.

JULIAN MARTIN



Juan Villoro, a la izquierda, junto a otros galardonados con los Premios «Vázquez Montalbán»

Entre las lecturas imprescindibles, señalo y recomiendo ahora, junto a «El testigo», su última novela, «El disparo de Argón» y «Materia dispuesta», dos novelas que crecen en perspectiva, desde 1991 que es la fecha de la primera, hacia la construcción de un modelo de narrativa que tiene todas las características de novedad y originalidad que he esbozado. Pero podría señalar otros diez títulos en los que el relato, el ensayo, la crónica y la novela densifican la dimensión del escritor. Podría por ejemplo señalar la revelación de un libro como «Efectos personales», en el que el ensayo (sobre Monterroso, sobre Borges, sobre Italo Calvino) adquiere una nueva dimensión no académica y, seguramente por ello, repleta de belleza, inteligencia y eficacia.

Lean por tanto los aficionados al fútbol «Dios es redondo», y éstos también, junto a todos los demás, su narrativa excepcional. ❑

José Carlos Rovira es catedrático de Literatura Hispanoamericana de la UA.